

El peluquero

J. P.

Después de un largo día y pocos clientes, pocos ingresos, Leopoldo López, un peluquero de 50 años de edad, cierra la peluquería con un amargo sentimiento de decepción. Solo tuvo dos clientes. Nueve horas abierto para atender solo a dos clientes, uno más pobre que el otro y ni hablar de la calvicie. Es un trabajo solitario, pero cada tanto tiene sus buenos días. A veces solo no hay suerte, la gente tiene que esperar a que el pelo le crezca. Es un trabajo arriesgado si se busca ingresos continuos, más para un profesional que opta por los estilos clásicos, antiguos. Las modas cambian y los jóvenes se hacen viejos. Comprendía que no supo adaptarse a las nuevas modas por sus principios como persona, o, mejor dicho, por terquedad. Se mantuvo fiel a sus cortes de especialidad, que con el tiempo se los catalogó “cortes clásicos”. Si, los jóvenes se hacen viejos, pero los viejos mueren poco a poco. Sus potenciales y habituales clientes cada vez eran menos, salvo por algún joven con buenos gustos que entraba a la peluquería como si estuviera perdido en una gran ciudad. Por lo menos, se decía, pudo recaudar suficiente para la cena y el almuerzo del día siguiente. Se trabaja para poder comer y pagar las cuentas, pensaba para calmar la angustia y aceptar que los malos días solo llegan para irse y después volver. Leopoldo solía decirles a sus clientes que tiene como vecino a los malos días, que frecuentan a su puerta cada vez más seguido.

Luego de cerrar la tienda y reflexionar un poco sobre el día, apaga las luces y se va a su hogar que queda a solo una puerta de distancia. Llevaba el negocio en lo que alguna vez supo ser la chochera. Tan bien montaron el negocio que ya no quedaban vestigios de lo que fue. Era una peluquería barrial, pero en una calle muy transitada. “Peluquería Don López” era el nombre del negocio, que podía verse en un gran cartel amarillo con letras negras en el frente de la tienda, sobre las puertas y el ventanal de vidrio transparente. La fachada estaba descuidada, descolorida, pues ni los vivos ni los objetos soportan el ardor del tiempo. Solo debía darle una mano de pintura a las paredes y al cartel, pero pensar en ello lo agotaba y con el tiempo le importaba cada vez menos la apariencia de la fachada. Había cosas más importantes por las que preocuparse, no era momento de hacer ese tipo de gastos de dinero y de energía.

Eran casi las diez de la noche cuando cerró, por suerte cerca de la casa se encontraba un Quiosco que abría hasta la medianoche o cuando los dueños decidían irse a dormir. Fue a comprar un paquete de salchichas y unos huevos de gallina para hacer la cena. A penas si le sobró un poco de dinero, pero no lo suficiente para una refrescante cerveza, para una botella de Andes rubia. “Hoy duermo con la mente inquieta”, se dijo Leopoldo bromeando consigo mismo, pero a la vez lamentando la realidad de sus palabras. Volviendo a casa se cruzó con un par de amigos, casi tan viejos como él, y se saludaron con la educación de siempre. “Hola Leopoldo, ¿Como se encuentra su señora esposa?”, era la pregunta que solían hacerle en casi todos los momentos del día, cada día. Detestaba esa pregunta y detestaba aún más responderla. “Se encuentra bien, gracias por preguntar. Le diré que le mandas tus saludos”, era la respuesta automática que repetía una y otra vez. Pero no podía enojarse ni desquiciarse, pues son todos vecinos y se conocen

de casi toda una vida, son preguntas inevitables y solo le queda responder agradecido de que aun nadie le dice “Lo siento mucho Leopoldo. Lo lamento Leopoldo. No estés triste Leopoldo. Búscate otra Leopoldo”. Si hay algo más aborrecible que una injusticia, sin dudas es la lastima de las personas. En momentos tristes lo mejor es el silencio, nadie quiere que le digan que lo siente, porque en realidad no lo siente, solo siente lastima por el que sufre. Eso sí que lo sienten. Pero bueno, Leopoldo tiene en claro que para andar entre la sociedad solo debe optar por un papel de robot que repite las mismas frases una y otra vez sin parar hasta el final de los tiempos.

Llego a la casa y las luces estaban apagadas. Antes de encenderlas siempre da un breve suspiro para asimilar el desorden que está a solo instantes de mostrarse. Solo arroja algún que otro objeto molesto en el suelo a la mesa, tira a la basura algún que otro papel u objeto que lo merezca y merodea en el ambiente y así sin más termina la limpieza diaria del hogar. Desde que su esposa ya no puede moverse, la casa tiene tendencia al desastre. Allí es cuando Leopoldo reconoce todo el esfuerzo y tiempo que su esposa invertía para mantener el hogar a raya, en orden y en paz. Él era incapaz, un inútil. No obstante, la inquietud de estar viviendo en un hogar desordenado y con polvo duraba pocos minutos. Ya se estaba haciendo viejo, entonces todo a su alrededor debía hacerse viejo. “Hasta la muerte y hasta siempre”, solía decir cuando no sabía que decir.

Para cenar preparó lo que suele llamarse la comida del pobre, unas salchichas con huevos y fideos. Hizo lo suficiente como para llenarse y evitar el desperdicio. No son tiempos para andar dejando sobras, para andar tirando comida a la basura. Comió solo en la cocina, en una mesa redonda de madera. Prendió la radio y el canal estaba en una estación de música folclórica, música local, de la que le gustaba. Bajó un poco el volumen y limpió los trastes sin mucho esfuerzo. La mente poco a poco comenzó a atormentarlo y se replanteó la idea de salir y buscar la cerveza para evitar el suplicio de la realidad. No fue capaz, la tormenta había comenzado y a veces solo hay que refugiarse entre cuatro paredes y un techo hasta que el clima decida que la gente ya puede salir del encierro.

Su esposa era Beatriz López, Castillo era su apellido de soltera, con dos años menos que Leopoldo. En sus mejores tiempos era una mujer hermosa, de ojos claros, nariz fina y bien formada, y lo mejor era que ostentaba una hermosa y brillante melena rubia que cuidaba más que cualquier parte de su cuerpo. Ya solo quedan recuerdos de esa mujer, el cáncer se la llevó, la fue consumiendo poco a poco. Leopoldo solo ve a una mujer delgada, ojerosa, de ojos opacos, pálida y calva. Una mujer triste que sufre cada día más y más. “Nadie es merecedor de ver tanto dolor en una persona”, repetía Leopoldo antes de tomarse un trago... el típico trago amargo. En otros tiempos ambos estaban en la peluquería, felices, a veces bailando, charlando con los clientes y haciendo lo que disfrutaban; cortar cabello, hacer peinados o lo que sea que el cliente pidiera. Eran una buena pareja y ya solo quedan vagos vestigios de esos bellos momentos. Lo único que quedaba de ella, eran los buenos recuerdos. La ve respirar, pero ya no habla, ya casi no se comunica de ninguna forma, solo es un ente medio muerto y medio vivo. No podía hacer más que esperar ese día que todos temen pero que, en ciertas circunstancias,

esperan que llegue. Es la muerte o la agonía. Es la razón contra el egoísmo. Es inevitable ser un poco egoístas a veces, sobre todo cuando se pone sobre la mesa un futuro que promete soledad, y de las feas, de las que duelen en el alma.

Beatriz podría estar en el hospital, luchando por su vida y sostenida al menos de la esperanza de vivir. Pero se rindió y decidió que no quería pasar sus últimos días en un feo y triste hospital, deseaba morir en su casa y en su cama. Leopoldo a penas si se opuso, no vio esperanza alguna en su supervivencia. El cáncer había ganado y ya era tarde para hacer algo, además el hospital era público, por ende, no tenía el equipamiento indicado y los profesionales no eran de los mejores, dejaban mucho que desear, e ir a uno privado era meterse un tiro en la cien. Si sobrevivía al costoso tratamiento los esperaba una vida en la indigencia. Así es la vida en el pueblo, la gente está sola, los médicos están de adornos mientras cobran un buen sueldo, y los edificios son solo una formalidad política. El que no es rico o no tiene una obra social decente está sentenciado a muerte. “Hasta la muerte y hasta nunca”.

— Cariño, ¿Estas despierta? — preguntó Leopoldo al entrar al cuarto matrimonial.

Ella estaba en la cama, recta como si estuviera preparando el cuerpo para el ataúd, con mangueras rodeando todo el cuerpo, tubos en la nariz y todo tipo de artefactos que los médicos brindaron para apaciguar un poco su sufrimiento. Los aparatos ya no importaban, para Leopoldo no existían. Eran solo adornos de una mala decoración.

Beatriz apenas si abrió los ojos, un par de puntos azules que podían verse a la distancia, y vio como su esposo entró despacio y haciendo el mínimo ruido posible. Solo quería tomar su mano y sentir el calor corporal, el de ella ya estaba al borde de la congelación prematura. Fría como un muerto. Leopoldo lograba mostrarse apacible y alegre, como si nada estuviera sucediendo. Mostraba la sonrisa de siempre, hasta de los mejores tiempos, pero ni el mayor de los esfuerzos era capaz de ocultar la peor de las tristezas, no obstante, Beatriz agradecía el esfuerzo de este para no mostrar su dolor con el fin de hacerla sentir en paz. Lo último que se quiere es que un ser amado sienta pena, es la peor de las desgracias. Leopoldo se sentó junto a ella y le tomó la mano derecha. Estaba helada pero la de él era muy cálida. Le contó su día, habló un poco de todo, indagó entre los recuerdos que tienen juntos y le dio un beso en la mejilla.

— Ya vengo mi cielo, tengo un regalo que te va a encantar — dijo Leopoldo entusiasmado, alegre porque daba por hecho que su esposa iba a encontrar un motivo para sonreír. Solo quería mimarla mientras podía.

Beatriz ya sabía que era, pero la sorpresa estaba en el estilo, en la forma y el color. En la novedad misma. En esos momentos era cuando su cuerpo entero se calentaba un poco y percibía como la sangre de sus venas fluía. Ella daba por hecho que tenía la sangre viscosa y que esta estaba estancada en las venas, aunque intelectualmente sabía que no era posible.

Leopoldo López, “Poldo” para los amigos, se dirigió a una de las habitaciones contiguas, a pocos metros de donde se encontraba Beatriz, y buscó entre los varios artilugios que tenía en sus bolsillos una llave para poder abrir la puerta. Siempre,

al momento de abrir esa puerta, encontraba un mundo de ilusiones rotas, un tumulto de sueños que no fueron posibles. La habitación había sido construida y pensada para un supuesto hijo que nunca pudieron tener. Otro destino esperaba a por ellos, un destino sin hijos, sin descendientes. Una vida en vano.

Una vez dentro de la habitación y ya habiendo aceptado como tantas otras veces sus desgracias, atravesó la puerta de una tienda de campaña de hospital lo suficientemente pequeña como para poder estar dentro de la habitación, encendió las luces y buscó su obsequio, rogando a que ya estuviera listo para usar. La tienda de campaña tenía como objetivo crear un ambiente hermético, libre de humedad, polvo y lo que fuera. El regalo debía estar listo, no había margen para el error, menos cuando se cuenta con una vasta experiencia en el cuidado de cabello. “Oh, a Bea le va a encantar”, dijo emocionado al ver la hermosa peluca de cabellos rubios naturales que posaba sobre una cabeza de plástico, un maniquí. Le había costado mucho trabajo construir esa peluca, pero ver el resultado después de tanto esfuerzo lo dejó satisfecho.

Salió de la tienda hermética, de la habitación y la cerró con llave. Fue con el regalo entre las manos lo más rápido y cuidadoso que pudo.

— Cariño, cierra los ojos — dijo Poldo con voz tierna y dulce, con un tono tan suave como el viento en una madrugada de verano. — No hagas trampa... si haces trampa me llevo el regalo.

Bea quiso reír, pero solo pudo lanzar una tos seca y rasposa, y cerró los ojos con fuerza, casi deseando no poder abrirlos nunca más, como cada maldita mañana. Poldo le brindo su ayuda para que pudiera sentarse sobre en la cama, puso una almohada en el espaldar y la acomodó. Sentía con sus dedos el esquelético cuerpo de Bea, su frialdad, su doliente fragilidad. Son momentos en los que la angustia pesa más de lo que alguien puede ser capaz de soportar. Con un nudo en la garganta, Poldo colocó la peluca sobre la calva cabeza de su esposa con mucho cuidado, casi como si estuviera tocando el más frágil de los vidrios, y una vez que pudo, se alejó de ella, buscó un espejo cuadrado, del tamaño de una cabeza, y lo colocó frente a ella, quien esperaba las palabras mágicas.

— Ya puedes abrirlos, cariño — dijo esta vez con la voz angustiada, preocupada y nostálgica. Debía ser capaz de seguir fingiendo que todo estaba bien, pero estaba por ceder a la verdad absoluta, al desastre mismo, al caos total.

Bea abrió los ojos lentamente. A primera vista vio todo borroso, pero poco a poco sus ojos se fueron afinando y podía verse en el reflejo del espejo que tenía frente a su rostro, a unos centímetros de distancia. Pudo elevar los brazos para tomar con sus manos la voluptuosa peluca que tenía sobre su calva cabeza. La palpó con sus dedos, sintiendo la suavidad de cada cabello, se acercó un gran mechón a la nariz para disfrutar el aroma con notas florales y se vio en el espejo para vislumbrar su belleza. Era un peinado clásico con ondulaciones. Cabello rubio oro, brillante y bien cuidado. Siempre amó su cabello, cada día lo cuidaba como si su vida dependiera de ello, y cuando la quimio comenzó ajetrear su cuerpo y el cabello a caer, sin dudas sintió que ya estaba casi muerta. Un cadáver que puede respirar. Pero para su fortuna, tiene un esposo que es peluquero y sabe hacer pelucas de buena calidad, y cada semana le regalaba una nueva. No era su cabello

real, pero era mejor que ver su calva y pálida cabeza, donde alguna vez hubo mucho cabello para peinar.

— Gracias mi “lelo” — lelo era como llamaba de forma cariñosa a su esposo, que solo eran las iniciales del nombre y apellido juntos —. Me ha encantado. Eres muy bueno. Enserio me ha encantado. Se parece a uno de los peinados que tuve cuando era más joven... Enserio, te lo agradezco. Haces tanto por mi — tenía la voz como su aspecto, casi muerta. Rasposa y débil, pero en el silencio de la habitación, Poldo podía escuchar y entender cada palabra.

— Me alegro que te haya gustado, mi Bea — dijo emocionado, con lágrimas queriendo salir de sus ojos —. Te mereces lo mejor.

— ¿Puedo dormir con mi nuevo peinado? — preguntó con el deseo de una respuesta positiva.

— Por supuesto, es todo tuyo.

Bea sintió un empujón hacia la vida eterna. El resto del día deseaba morir, pero con la peluca puesta sentía que todo estaba bien, que todo era parte de un mal sueño. Poldo se esforzaba mucho en armar las pelucas, y también las cuidaba mucho. Usaba cabello real. “¿De dónde sacas este cabello?”, le preguntaba intrigada, pero Poldo solo esbozaba una sonrisa dócil y respondía que era peluquero. “Un peluquero tiene sus contactos”, solía decir.

Leopoldo salió de la habitación, donde su amada esposa parecía una niña con un juguete nuevo, y fue hasta la habitación donde tiene la colección de pelucas. Tenía trabajo que hacer antes de que la pereza le ganase la partida. Entró en la habitación con la tienda de campaña, fue hasta un rincón oscuro, junto a las cabezas de plástico con pelucas, y arrastró del lugar una bolsa negra que iba dejando un rastro de sangre en el suelo.

— Espero le guste este cabello rojo — balbuceó Leopoldo al colocar a una mujer pelirroja sobre una camilla blanca.

Poco a poco la fue desnudando mientras acariciaba la piel del cuerpo con una palpitante excitación. Tenía la piel pálida, suave y con pecas hermosas. A Leopoldo le gustaban la pelirrojas, pero nunca pudo disfrutar en la intimidad con ninguna. Era su oportunidad.

— ¿Como te llamas? — hablaba al cadáver con la misma dulzura que usaba con su esposa —. Supongo ya no importa... ya no hay nada para decir.

Leopoldo, sobrio, comenzó a besar cada parte íntima de la mujer pelirroja. No lo sentía ajeno, creía que si pudo quitarle la vida podía darle toda su intimidad.

— Sin alma que reclame este cuerpo, lo reclama otro cuerpo — decía en voz baja una y otra vez mientras se quitaba los pantalones.

Con la parte inferior del cuerpo desnudo, Leopoldo, ya ciego ante la candente lujuria, se subió a la camilla, luego sobre la chica pelirroja, o lo que quedaba de ella, y comenzó a besarla y acariciarla con la pasión y energía de un joven veinteañero hasta perderse en el acto del amor. Mientras tanto, en el suelo, debajo de la camilla, se formaba un charco de sangre. El amor es sangriento y perverso.

Era ya de madrugada cuando Poldo estaba sentado en uno de los asientos de la peluquería, aun sin abrir, tomando mates amargos y escuchando en la radio una estación local de comunicados y, por supuesto, de música folclórica. Mates, folclore y una mañana fresca, cualquiera estaría satisfecho. El locutor de la radio informó que la temperatura era de unos 13°C, recomendando salir con abrigo para evitar contraer un resfriado, y luego puso una cueca cuyana bastante enérgica para terminar de despertar a los oyentes.

Poldo durmió poco aquella noche. Sin dudas, de haber tomado cerveza, como es habitual, se hubiese evitado malos sueños y horripilantes sensaciones. Al menos durante la noche. Siempre ocupaba el comienzo de la mañana, del día, para afrontar sus perversiones, tratar los pecados cometidos, conversar a solas sobre la moral y excusarse con la mejor de las excusas. Al final encontraba la manera de volver a sonreír, pues su excusa era la felicidad de su moribunda esposa, y cuando ya se sentía listo para tratar con personas y fingir que es un hombre libre de maldad, abría la tienda y se sentaba de nuevo a seguir tomando mates, esperando a que algún cliente cruce la puerta con ganas de gastar dinero para cuidarse el cabello. La sensación de la mañana al abrir la tienda era esperanzadora, esperando con creces y casi con certeza una buena jornada laboral, mientras que por la noche era todo lo contrario. Al final, sin un poco de fe nadie podría levantarse de la cama a hacer algo sabiendo que probablemente poco se haga.

En la eterna espera recordó la fechoría que cometió durante la noche. “¿Soy infiel?”, se preguntaba intentando unir puntos de vista. “No pude ser infiel. Al menos que hacer el amor con un maniquí se considere una infidelidad. Un muñeco es un muñeco y ya. Un juguete.”, de una y otra forma debía convencerse de que era un hombre de buena moral y respetuoso ante el sagrado matrimonio. “Hasta que la muerte los separe”, dijo en voz alta luego de cebarse un mate. La parecía irónico y hasta anecdótico. “Hasta que la muerte nos separe... hasta que un muerto nos separe”, dijo seguido de una fuerte y rasposa carcajada. Comenzó a toser fuerte en el instante en que el primer cliente cruzó las puertas. Hora de trabajar, no queda otra. Maldita sea la vida que toca. Trabajar, trabajar y trabajar solo por monedas.

—Buen día, Poldo— dijo el cliente, un anciano jubilado y canoso, al entrar y dejar su sombrero sobre el espaldar de uno de los sillones rojos solo para clientes exclusivos—¿Como te trata la mañana?

Poldo odiaba esa pregunta, nunca sabía que responder, porque si optaba por una respuesta sincera el cliente podía afligirse y marcharse dando una excusa sonsa pero eficiente e ir a otra peluquería donde no terminen perturbados. Lo único que respondía era que estaba bien, como cada mañana, y que los mates amargos en la madrugada le alegran el día, agregando, además, que su esposa se encontraba bien. La respuesta sincera se la daba a sí mismo y en su mente. «Hola, estoy fatal. Mis ingresos están debajo del sueldo mínimo establecido, mi esposa está muriendo poco a poco y no hay nada que yo pueda hacer, más que ver cómo se desintegra en mi cama, en nuestra cama y tengo en un cuarto a más una mujer pelirroja

muerta». Decir que violó a una mujer muerta no se lo decía ni a sí mismo, aun creía que podía seguir siendo una persona civilizada, al menos bajo la luz del sol.

El cliente pidió el mismo corte de siempre. Solo recortes de mechones largos que rompen la simetría del peinado con la cabeza. No hablaron mucho, solo hicieron comentarios sobre la liga de fútbol nacional, hablaron de lo bien que juega el River Plate de Gallardo y lo mal que juega su eterno rival. Luego, como cada ciudadano promedio, y casi como ritual, criticaron al gobierno regente, a sus malas políticas y como la Argentina iba de mal en peor. Era la primera hora del día y los temas de conversación terminaban rápido, no obstante, ambos necesitaban hablar con alguien desde temprano para no sentir la soledad en lo que resta del día. Poldo se preguntaba si ese miedo a la soledad era normal en los ancianos o solo le ocurría a él, como si fuese una especie de maldición, maldita maldición. Una vez que termino de mejorar el peinado al cliente, este se miró en el espejo con detenimiento, buscando algún mechón suelto que el peluquero no haya visto, pero como vio todo en orden se puso de pie, le dio la mano y las gracias a Poldo, quien respondió con el mismo respeto, y luego pagó la cuenta. Poldo agarro el billete y lo metió en su bolsillo sin siquiera mirarlo. Pudo ser falso o de otra valoración y nunca se darse cuenta, pero la confianza en el cliente debe ser inquebrantable o estos no volverían a cruzar la puerta de su peluquería.

Poldo volvió a sentarse en el mismo lugar de siempre y siguió tomando mates, esta vez con el agua tibia. Tomar mates con agua tibia es un pecado cultural, pero a veces solo hay que hacerse los desentendidos. «Agua tibia o agua que no quema la lengua». Estuvo tentado por el capricho de una cerveza e ir a comprar una con el dinero recién ganado, pero solo un loco o un desesperado toma en la madrugada. Los que van en contramano hacia la muerte. Esperar, había que esperar a otro posible cliente. Un cliente por hora, dos por hora, cinco por hora o uno en toda la mañana... son las complicaciones de llevar un negocio propio. Ya estaba acostumbrado a la conversación de cerrar el negocio e intentar con otra cosa, pero era lo único que sabía hacer, según él, y también lo único que quería hacer. Veía muy lejos su jubilación, y si pensaba en ello daba por hecho que iba a seguir trabajando como siempre para poder pagar las cuentas y vivir al menos un poco cerca de la dignidad. Al estado le importan poco los ancianos, no les importa si tienen para los medicamentos o para comer. En fin, desde siempre supo que nunca podía depender del estado ya que solo le esperaba una gran miseria. Debía valerse por sí mismo, y a eso se dedicó desde que cumplió la mayoría de edad.

El agua del mate ya estaba fría, así que fue a calentar la pava en la hornalla de la cocina. Tenía una tetera eléctrica que podía usar en el mismo local, pero detestaba esas cosas “novedosas”. «El agua se calienta bajo el fuego, no me vengan con cosas raras». Sentía y decía que el sabor del mate era más rico con agua calentada bajo fuego. Nadie le discutía porque era entrar a una discusión sobre tradiciones y solo hay un ganador. Mientras esperaba que el agua llegase a su punto de ebullición, sus ojos se posaron fijamente sobre la puerta de la habitación de su esposa. Los pocos pelos que le quedaban se pusieron de punta. Olvido controlar el estado de su esposa, de si aún estaba en este mundo o en el otro. Le aterraba la idea de un día entrar y ver a un cadáver descansando en la cama matrimonial.

Pensaba poco, pero las emociones y sensaciones lo adormecían al punto de sentirse mareado y ahogado. Después de prepararse para lo esperado y dar infinitas bocanadas de aire, con todo el valor que pudo lograr, ingresó a la habitación de las tristezas. Fue una entrada lenta, temerosa y silenciosa.

—¿Bea, te encuentras despierta? — pregunto susurrando con dificultad.

El silencio era pesado y romperlo casi imposible. Pero fue capaz. Su amada esposa estaba acostada y tapada con las frazadas hasta el mentón. Tenía la peluca puesta y se veía preciosa, no tan moribunda. Estaba dormida o eso esperaba. Con pasos suaves se acercó a la cama y puso sus manos sobre la boca de ella. Sintió la humedad, señal de que aun respiraba y seguía viva. Trago saliva, cerró los ojos y se dejó consumir por un fuerte alivio, seguido de una tristeza proveniente de la compasión. «Otro día más viéndola agonizar». Desconocía el hecho de si se alegraba o no al encontrarla aún con vida. Debía soportar y aguantar, no tenía otra opción. Desde que Bea decidió desconectar el aparato que media sus latidos porque el ruido que hacia la tenía podrida, todo comenzó a ser un juego de azar. Pero el día de su muerte estaba a solo pocos pasos de distancia. De tanto esperar la muerte de su esposa, Poldo comenzó a desesperarse, a volverse loco, a perder la paciencia y rogar por el final. Presentía que la muerte lo estaba esperando a él y a nadie más. «¿Me quieres a mi o mi esposa?», le preguntaba a dios con lágrimas en los ojos, inundado de rabia. No era capaz, estaba al borde de aceptar que no era capaz de aguantarlo más. El amor es amor y el miedo a la soledad acrecienta ese amor.

Dejó que durmiera un poco más, aunque daba igual. De todas formas, iba a pasar todo el día postrada sobre un viejo colchón y frazadas llenas de polvo en una habitación fría y sin entrada de luz solar. Le dio un beso en la frente y fue a tirar la yerba usada del mate y preparar otro. El agua ya estaba hirviendo. Con todo preparado volvió a la tienda, a su amada y agonizante peluquería, y esperó sobre el asiento de siempre la llegada de un próximo cliente. «¿Me gano o pierdo la vida?». De tantas horas estando sentado sin hacer nada, se preguntaba si valía la pena ocupar tanto de su tiempo por tan poco dinero a cambio. Pero al final, si está en la pista no queda otra más que bailar. Fue sincero consigo mismo y en el fondo deseaba que nadie atravesara la puerta pidiendo un corte. Necesitaba y quería estar solo.

En medio de su travesía matutina, tomar mates y escuchar la radio, vio que, por la calle, frente al local, pasaba una mujer rubia de pelo lacio y largo hasta la cadera. Un pelo excepcional, único, majestuoso y especial. Tanto le gustó que salió de la tienda para verlo más de cerca. Sin dudas no era del pueblo. Una turista o alguien que se fue del pueblo años atrás y volvió para visitar a la familia o amigos.

—Buenos días, caballero —la rubia de pelo largo se detuvo frente a Poldo, quien estaba distraído—. ¿Usted conoce a la familia Carrasco?

Poldo no se puso nervioso, pero si tenso. No esperaba hablar con la mujer de pelo largo, que por cierto era una joven de unos treinta años, bien maquillada y de buen gusto para vestirse. Una mujer fina.

—Buenos días, joven —respondió Poldo con calma, con las manos en la espalda, típica posición de cualquier anciano—. Conozco a varias familias Carrasco... son una plaga. Es un apellido algo común por estos lados.

La joven rio y dio especificaciones sobre las personas a las que buscaba. Por suerte para ella, la casa quedaba a unos doscientos metros de distancia. Poldo le dijo que siga caminando derecho, que siga el camino que llevaba y que iba a llegar a una casa con rejas negras y paredes pintadas de violeta.

—Muchas gracias— dijo—. ¡Que tenga un lindo día!

—No, por favor— no dejaba de mirarle el cabello—. Me gusta mucho su cabello. Se nota que lo tiene bien cuidado.

—Muchas gracias, de nuevo. Bueno, si hace cortes femeninos —dijo mientras señalaba el cartel de la peluquería— tal vez pueda cortarme un poco.

A Poldo le sentó muy bien la amabilidad y simpatía de la mujer.

—Mire, yo no hago cortes femeninos, pero... —hizo una pausa para pensar bien lo que estaba por decir—, pero mi esposa es una buena peluquera. Usted es bienvenida, nosotros estamos todos el día atendiendo.

—De acuerdo —dijo la joven con una sonrisa gigante, mostrando una dentadura blanca y perfecta—. Si tengo tiempo, vendré a cortarme un poco que ya me está haciendo falta.

Ambos se despidieron con la misma amabilidad con la que empezaron la conversación, y mientras la joven seguía su camino y se alejaba poco a poco, Poldo se la quedó viendo mientras pensaba en lo que acababa de suceder y decir. «¿Nosotros?». No entendía porque dio a entender que su esposa no era una moribunda. Quizás, pensó, lo hizo porque era una desconocida y necesitaba salir de lo típico, de andar contando que su esposa aun no muere y que sigue agonizando en una cama polvorienta en una habitación oscura y fría. No le dio vueltas al asunto y volvió a entrar a la tienda. Afuera estaba frío, pero ya estaba cansado de quejarse por todo. «Un buen frío».

No esperaba volver a verla, aunque lo deseaba. Muy en el fondo lo deseaba. «A Bea le encantara el cabello de una mujer.», se dijo como si hablara de una prenda de vestir.

—Amigo Poldo— dijo un hombre de la edad de Poldo—. ¿No tienes ganas de agarrar la pala que estas tan sentado tomando mates?

—Ya no tengo ganas de ni respirar, amigo querido —dijo y se puso de pie para saludarlo con un cálido abrazo, seguido de unos golpes amistosos.

El amigo de Poldo se quitó el abrigo y tomo asiento, frente a los espejos, listo para la sesión semanal. No se cortaba una vez a la semana para verse bien en realidad, más bien era excusa para visitar a su amigo y compartir un momento juntos, además de darle apoyo en el negocio. Cosas de amigos, nada extraño.

A Poldo le agradaba conversar con su amigo Hugo, pues era el único que nunca le preguntaba sobre su esposa. Podían charlar tranquilos y olvidar a la vez todos los problemas que existen en la vida de cada quien. Un despeje necesario.

—¿Escuchaste en la radio sobre la chica esa que desapareció? —pregunto Hugo mientras inclinaba la cabeza hacia abajo, para que Poldo pudiese cortar los mechones de la nuca.

—¿Cual chica? — se hizo el desentendido.

—Una pelirroja... joven y de apellido Fernández. — es lo único que pudo recordar —. Este pueblo está cada vez más loco, ahora desaparecen mujeres de un día para otro... ya son otros tiempos, malos tiempos.

Mientras Poldo escuchaba hablar a su amigo, no pudo evitar ruborizarse porque sentía que estaba a punto de ser descubierto por su amigo, quien estaba muy lejos de siquiera sospechar un poco de nadie. Pero la mentira tiene patas cortas y bajo presión siempre queda expuesta. Es tan difícil cargar con la mentira, que a veces se necesita contarle a alguien la verdad para quitar un poco la carga y poder compartirla. No por nada a la hora de fusilar a alguien son muchos los soldados, pues compartir la culpa aliviana la carga moral.

—Ah sí, he escuchado algo por el estilo en la radio... pero no le he dado mucha bola la verdad.

—Es una pena. Pero la policía ya tiene a un sospechoso y no quieren decir quién es.

Poldo desconocía por completo esa información.

—¿Sospechoso?

—Sí, tienen a uno preso, el ex novio de la pelirroja. Supuestamente fue la última persona que la vio antes de que nadie supiera de ella. — dijo aumentando poco a poco el entusiasmo por el misterio —. Unos dicen que se fue con otro novio que tenía escondido, que puede ser posible... era una chica bonita según parece. Bueno, no importa. Pero otros creen, y sobre todo la familia, que la... bueno, la mataron. Creen que el ex novio la mató y la enterró en algún lado.

Poldo estaba en silencio, escuchando con total atención. Era información importante.

—Sí, es bastante fuerte lo que digo— ladeo la cabeza de un lado a otro para verse en el espejo —. Pero el mundo está muy loco y todo es posible. Pero, Poldo querido, si la familia siente que le pasó algo malo, y... la corazonada esa pocas veces falla. Si la madre cree que le paso algo horrible, tal vez así sea.

—¿Pero tienen pruebas o algo?

—¿Estas jodiendo? —Hugo se mofo de la pregunta—. Es bien sabido que la policía de acá no sirve para nada. Lo único que hacen es molestar a la gente y sacar multas. Unos inútiles, unos impresentables. Estoy seguro que agarraron al tipo solo porque era el ex novio y listo. Pum que pam, el ex novio asesinó a su ex novia por celos y bla bla bla. Caso cerrado. Al menos lo van a vender así. Bueno, personalmente espero que aparezca y todo se calme... pero como no es la única chica que ha desaparecido de la nada—hizo una pausa para asimilar los acontecimientos —, quizás sea algo peor.

—¿Un asesino en serie? Es bastante inusual en estos lados.

—Sería terrible, sin duda alguna sería... bueno, mejor ni pensarlo.

—Esperemos que hagan algo y no lo olviden como tantas cosas terribles que han pasado todos estos años. —dijo Poldo concentrándose de nuevo en la tijera que tenía en su mano derecha.

—Y con las cosas que pasan ahora en la televisión, cualquiera quiere replicar al monstruo que hacen estrella. Es como si ser un ángel caído fuese un privilegio divino.

Poldo ya no sabía que decir. No fue capaz de tirar un comentario sobre nada, ni sobre el corte que estaba haciendo. En el fondo se vio dolido por las últimas palabras que dijo su gran amigo. «Monstruo». No se consideraba un monstruo, aunque admitía que a veces actuaba como uno. «Ángel caído». Para una persona creyente y devota, son palabras a las que ha de temer. Se consideraba una buena persona, una que no sabía lo que estaba haciendo. Un esposo que solo quería hacer feliz a su esposa. Un hombre que fue manipulado por el rey de las tinieblas. Un alma en pena.

Eran casi las seis de la tarde cuando la chica de cabello rubios y largos que Poldo vio en la mañana entró a la peluquería con una sonrisa que iluminaba a cualquiera.

—¿Se encuentra su esposa disponible para que me haga unos retoques? —preguntó mientras disfrutaba la sorpresa del anciano que estaba sentado en su asiento sin hacer nada —. Vio, le dije que iba a volver.

Poldo no lo podía creer. La rubia de cabello hermoso entró a su peluquería. Miro hacia el techo, apuntando al cielo y agradeciendo a dios por haberle cumplido el deseo. De inmediato se puso de pie y empezó a reír mostrando lo encantado que estaba por verla.

—¡Querida! —dijo como si la conociera desde hace tiempo—. Ya me preguntaba yo si ibas a aparecer en algún momento...

—Aparecí en buen momento —interrumpió señalando la ausencia de clientes.

—Gracias a dios, ya me estaba quedando dormido sentado —dijo seguido de una risa coqueta y amistosa, mostrando un poco de vergüenza. —. Adelante, tome asiento —indicó señalando el lugar mientras se colocaba el delantal.

La rubia de pelo largo siguió las indicaciones y no pudo evitar verse extrañada cuando lo vio dispuesto a ser quien le iba a cortar el cabello.

—¿Usted también hace cortes femeninos? —preguntó, ahora con una sonrisa de picara —. ¿Su esposa lo deja?

—Mi esposa me ha enseñado bien —respondió al instante —. Pero si desconfía de mi talento puedo llamarla para que venga y la atienda a usted.

La rubia no sabía que decir al respecto. Quedó atrapada en la telaraña como muchos consumidores ante un buen vendedor. Decir que no quería era lo mismo que decir que desconfiaba de sus habilidades como peluquero. No se sentía cómoda en ese momento, pero lo que menos quería era ofender de ninguna manera. Además, se dijo, después de tantos años de experiencia de seguro le ha cortado el pelo a todo tipo de personas. Un buen peluquero, por lo general, no hace cortes que no sabe hacer. Pero a veces la necesidad de tener plata en los bolsillos hace a cualquiera ser habilidoso en cualquier cosa, por más que sea la primera vez.

—No tengo tiempo para esperar, la verdad—dijo la rubia, observando como Poldo se colocaba el delantal con toda la confianza del mundo —. Así que usted será mi peluquero, si es que aún tiene ganas.

—Pero querida... hay que ganarse la vida, y la vida solo se gana trabajando y trabajando hasta que a uno no le dé más el cuerpo.

La rubia reía por las palabras del peluquero. Ostentaba un tono particular, bastante canchero y amistoso. Agradable como primera impresión.

—¿Usted es de este pueblo? —preguntó la rubia.

Poldo estaba preparando las tijeras, el rociador y la mente. Siempre hay que estar preparado mentalmente para cualquier cosa, decía siempre que lo agarraban distraído.

—Nacido y criado.

—¿Sí?

—Pero me extraña que lo dude.

—Disculpe que se lo diga, pero tiene un acento particular. Algo... —hizo una pausa, pensando en cómo decirlo sin ser tan brusca—. Si, algo porteño. No tan local, no sé si me explico.

La rubia se lo quedó viendo fijamente, prestando a cada posible gesto de ofensa. Sabía muy bien que muchas personas, sobre todo ancianas, podían ofenderse ante semejante insinuación de ser de “afuera”, no local, un extraño, un porteño miserable. Poldo, lejos de ofenderse, comenzó a reírse con fuertes y resonantes carcajadas.

—¿Yo, porteño? ¿De la capital?

La rubia solo asintió.

—No querida, ¿De verdad hablo de esa forma?

—Digo que es parecido. Por eso preguntaba.

Poldo seguía riendo sin parar, hasta el punto de comenzar a toser. Un recuerdo le llegó a la mente. Su esposa, cuando viajaban a un lugar donde nadie los conocía, le hacía notar a Poldo que su acento cambiaba cuando hablaba con desconocidos. «¿Por qué te haces el porteño? No te sale.», le decía, a veces entre risas y otras veces indignada. Poldo lo hacía solo para divertirse, además de asegurarle a su amada esposa que le salía muy bien y que la gente pensaba que era un porteño. En una ocasión, cuando visitaron Buenos Aires, cada vez que entraba a una tienda se hacía pasar por Cordobés, pero el tono es tan característico que es fácil notar cuando es una imitación. De tanto imitar el acento, como todo el interior del país llama a los residentes de Buenos Aires, ya era un porteño más. No lo hizo de forma consciente, solo vio a una extraña e intentó ser amable.

—He viajado mucho a Buenos Aires, quizás sea por eso —mintió, cuando en realidad fue solo una vez.

—¿Sí? Mire usted, yo vivo en Buenos aires.

Poldo sabía que debía desviar la conversación de inmediato, porque para llevar una mentira a flote nunca fue bueno. Hay que recordar lo que se dice, y él no era bendecido por el don de la memoria,

—¿A quién ha venido a visitar desde tan lejos? —preguntó mientras se colocaba detrás de la rubia, frente al espejo, listo para cortar el cabello.

—A mis padres.

—¿Los Carrascos? —se sorprendió—. ¿Esteban es tu papa?

—Exacto. ¿Lo conoce?

La rubia tenía un buen cabello. Sin dudas estaba bien cuidado. Olía bien, estaba suave y muy largo. Cabello dorado natural. Poldo estaba impresionado y encantado.

—Por supuesto que lo conozco —dijo con su acento peculiar y coqueto—. Cada tanto viene a cortarse el pelo.

La conversación se apagó cuando Poldo comenzó a tocar el cabello y a hacer muecas de disgusto.

—¿Ocurre algo?

—Mire, querida, la verdad es que tienes un cabello hermoso...

—¿Y?

—Y no me animo a tocarlo. Pensé que iba a ser capaz, pero no quisiera arruinarlo. Sin dudas es trabajo para mi esposa, ella sabe mucho de esto. Sin dudas sabe mucho más que yo.

La rubia, al ver a Poldo quitarse el delantal y dejar las tijeras en su lugar, se puso de pie y cruzó los brazos sin saber que hacer. No necesitaba cortarse el cabello y tampoco quería, solo fue al ligar porque estaba aburrida y no vio mal que le hicieran retoques. Las puntas siempre deben cortarse.

—Discúlpame —dijo Poldo—. Pero no es mi campo.

—Si, descuide. No pasa nada.

—Mire usted, si quiere puede venir a última hora —dijo mientras miraba su reloj—. A eso de las 21 hs. De seguro mi esposa ya va a estar acá.

La rubia ya no sabía que decir, no quería comprometerse y fallar. Pero era una persona pasiva, acostumbrada a seguir la corriente.

—¿Pero no cierra usted a esa hora? —preguntó señalando el cartel que estaba afuera del local.

—No importa —respondió con rapidez, sentándose a la vez en el sillón—. A veces cerramos tarde, otras veces no cerramos y algunas veces no abrimos.

—Bueno, veremos si puedo.

—Yo le digo a mi esposa para que la espere, enserio no hay problema. Además, podrá ver usted lo buena que es.

—No le prometo nada, pero tal vez venga.

La rubia salió de la peluquería, apurada, intentando no comprometerse de ninguna manera. No quería vivir el resto del día con el pensamiento de que una pareja de ancianos la iba a estar esperando.

—¡Adiós! —saludó la joven.

—Hasta luego. La estaremos esperando —saludó Poldo.

Justo lo que no quería, verse comprometida. Le era difícil decir que no. Otra vez, como en tantas ocasiones, se vio atrapada en la telaraña. Mientras tanto, Poldo se quedó mirando a la nada, intentando imaginar lo que podría llegar a ocurrir en caso de que la rubia vuelva a la hora que le indicó. Una parte de él, la parte que quedo de lo que alguna vez fue, deseaba que no volviese, pero la otra, la parte más real, ansiaba volver a verla. El monstruo es difícil de esconder.

Otra jornada laboral pésima para Leopoldo. Desde que la rubia se fue, a quien nunca le preguntó el nombre, nadie más cruzó la puerta. Por suerte tenía un par de billetes en el bolsillo para comprar algo de comida y una cerveza. No iba a cometer el error de la noche anterior y prescindir de la bebida que, según su creencia, lo ayudaba a dormir. Cerro las cortinas, metió el cartel que estaba en la vereda, barrió un poco el piso de la peluquería y ya estaba listo para cerrar, dando por hecho que nadie iba a aparecer pidiendo un corte de última hora para poder ir al cumpleaños o velorio de un pariente.

Cuando eran las 21 hs. en punto cerró la puerta con llave y justo antes de apagar la luz, estando a solo centímetros del interruptor, se escuchan golpes suaves provenientes del otro lado de la puerta. Poldo guardó silencio para asegurarse de que no estaba alucinando, pero los mismos golpes suaves volvieron a escucharse. Ya seguro de que había alguien golpeando la puerta, fue hacia ella lo más rápido que pudo. Le extrañaba tener una visita a esa hora, y no se le ocurría quien podría ser. Cuando abrió y vio a la rubia del otro lado sintió que estaba viendo a un fantasma. Era la última persona a quien esperaba encontrar. Pero allí estaba, sonriendo de oreja a oreja. Era tan real que quedó pasmado. La rubia sí volvió, y a última hora. Sintió culpa, pero el entusiasmo no le permitió centrarse en ello.

—¡Ha vuelto! —exclamó sorprendido.

—Sí, he vuelto —respondió la rubia mientras entraba al local.

—Si le soy sincero, no esperaba volver a verla.

—No sabía si iba a volver, pero tengo ganas de cortarme el pelo—dijo evitando la verdad de su aburrimiento.

Ambos cruzaron unas palabras para romper el hielo del momento. Poldo no sabía que hacer, si conversar un rato o actuar de inmediato antes de que la empatía y el arrepentimiento ganen el juego. Pero antes del debate entre sus dos seres, el humano y el monstruo, se aseguró de cerrar la puerta con llave. Fue cuidadoso y la rubia ni siquiera pudo sospechar el acontecimiento. Ya estaban los dos encerrados con la promesa de un encuentro privado y sin irrupciones.

—¿Ha vuelto su esposa? —preguntó apenas pudo, decidida en irse en caso de recibir una respuesta negativa. Era bastante tarde y notaba a Poldo cansado.

La rubia de pronto tuvo un mal presentimiento al estar a solas con Poldo, una mala sensación que la hizo sentir incomoda... insegura. Eran los ojos, la mirada algo distante y una sonrisa sutil bastante oscura. No sabía si era por el momento, el horario, la presencia de Poldo o las tres cosas juntas. Evitando juzgar sin conocer, no dejó de sonreír y mucho menos perdió la amabilidad. Comenzó a preocuparse cuando notó que Poldo no respondió con rapidez y seguridad, quien sin darse cuenta se quedó mirando fijo al suelo como si fuese una estatua rígida y frágil. Quizás no la escuchó, pensó, pero aguardó en silencio esperando alguna que otra respuesta.

— Por supuesto señorita, ya le he comentado que usted requería de sus servicios — respondió saliendo del trance —. Espere a que vaya a buscarla. Roguemos que se encuentre con ganas...

— Si no, descuide, no hay problema — dijo, esperando a encontrar la mejor de las excusas para irse —. Es bastante tarde y usted ya había cerrado. Puedo volver en otro momento.

— No — atajó Poldo, casi gritando —. Vivimos de esto y le aseguro que ocurre a menudo. Usted espere tranquila y va a salir de acá con un peinado hermoso.

La rubia no supo que responder. A veces los ancianos que son amables tienden a jugar con la empatía ajena, que va de la culpa a la ternura. Así que, ya rendida, se sentó en la silla, frente al espejo, y con una sonrisa sin dientes a la vista esperó en silencio.

Poldo estaba en la cocina de su hogar, atónito y perdido, sin saber que hacer. Ya no había vuelta atrás, pensaba, y solo había una salida. Fue hasta la habitación de su amada esposa, quien dormía como si estuviera muerta o casi muerta.

— Bea... — susurró varias veces mientras se acercaba a la cama.

Estaba drogada con pastillas para el sueño. Estaba dormida. Se sentó a un lado de la cama, le tomó la mano y la acarició con suavidad. Le sonreía a la nada, mientras miraba hacia arriba, a la oscuridad misma. Quizás buscaba a Dios, a un ángel o al pájaro que podría estar volando cerca de las nubes, clamando a cualquiera de ellos por un poco de piedad, de gracia y olvido. La mano de Bea estaba fría como una botella de cerveza recién sacada de la heladera. La muerte estaba cerca, buscando, quizás, la puerta correcta. Deambulando entre ancianos se perdió a través de puertas frágiles y víctimas que lo tentaron con una sonrisa, hasta con el deseo de su nombre. La muerte juega con la vida, cada tanto y hasta siempre. Olvido y memoria, la diferencia de una con la otra. Somos menos que polvo de estrellas, siquiera estamos cerca de ser desechos reutilizables. Piedad entre nosotros por un momento o hemos de sucumbir sobre rosas marchitas y espinosas.

La mujer rubia esperaba en el salón, él esperaba coraje y Bea acariciaba la podredumbre. La imaginación no lo ayudaba a reaccionar, el instinto tampoco, el coraje no existía y la empatía perdió la batalla contra el egoísmo. La rubia seguía esperando. No podía seguir esperando. La felicidad de su esposa tenía el tiempo contado y debía ser capaz de sacarla un par de sonrisas antes de no verla sonreír nunca más, ni en sueños y tampoco en el más allá. Sabía como hacerla feliz, entendía, además, que para ello alguien debía ser infeliz. Sonrisas por desgracias o viceversa.

— ¿Señor Leopoldo? — la rubia levantó la voz, en busca del anfitrión. Tardó mil inviernos en recordar el nombre, aunque tampoco estaba segura de que fuere ese.

Poldo la escuchó con claridad. Se preguntaba si ella también era capaz de escucharlo, aunque no estaba haciendo ruido alguno, al menos por el momento.

— Disculpe señor, pero creo que se hizo tarde y debería irme — dijo la rubia, ya corroída por la intuición, una horrible sensación de inquietud —. Si no le molesta, puedo volver mañana a primera hora.

Poldo se exaltó, no podía dejarla cruzar esa puerta. Estaba con llave, pero aun así no debía dejar que se diera cuenta de ello. Podría asustarse y gritar. Alguien podría escuchar y todo podía salirse de control, todo podía salir mal, sucumbir al caos. Debía ser rápido, debía imaginar algo, no importa lo incoherente. Algo de la nada misma es como el oro para quien muere de hambre en el desierto.

Pasaron unas decenas de segundos, un par de minutos, y la rubia seguía sentada en su lugar. Poldo fue hasta el salón a su encuentro e iba acompañado. Nervioso, cruzó la puerta a lo desconocido.

— Disculpa la demora, tuvimos un problema — dijo Poldo con palabras rápidas y suaves, casi ahogadas.

La rubia saltó de la silla dando un grito agudo y fuerte, digno de una cantante de ópera italiana, mientras colocaba una de sus manos sobre la boca para apaciguar cualquier chillido. Estaba atónita, paralizada y cegada por la incredulidad.

— Te presento a mi esposa — dijo Poldo, ya con la cordura rota —. Bea, te presento a tu nueva clienta... es una chica muy agradable...

Ahí estaba Bea, sostenida desde la espalda por Poldo, quien parecía usarla como un títere. Agarro uno de sus brazos fríos, lo levantó e hizo el gesto del saludo. Intentó imitar la voz de su esposa, pero estaba lejos de lograrlo. Con pasos apresurado, se acercó con su esposa hacia la rubia para poder saludarla más de cerca.

— Saluda Bea, no seas tímida — dijo Poldo como si le estuviera hablando a un niño.

La rubia con nombre y apellido, lejos de sentir terror, estaba preocupada por lo que estaba viendo. No solo era inusual, sino que era triste.

Poldo extendió el brazo derecho de Bea esperando a que la rubia lo estrechara, y ella, cegada por el acontecimiento, por mera inercia, expendió su mano y la estrechó. Bea estaba fría como el hielo y dura como el caucho. La rubia estaba preocupada, preguntándose si Leopoldo era consciente de lo que estaba ocurriendo.

— Señor, disculpe... — dijo con un leve tartamudeo —. ¿Usted ve lo que yo veo?

Poldo estaba en otra dimensión. Era otra persona, y no una pensante. La rubia con nombre dio por hecho que Leopoldo no era capaz de ver que su esposa estaba muerta entre sus brazos. Quizás lo sabía, pero no quería aceptarlo. Ella no estaba bendecida por las respuestas.

— Señor, su esposa está muerta — dijo al borde de las lágrimas —. Señor, su esposa está muerta. Está muerta. ¿Es que no se da cuenta?

Poldo no la escuchaba, se encontraba en trance, desconectado con la realidad. ¿Mi esposa muerta? Tonterías, blasfemias, solo está dormida.

— Señor... — la rubia entró en pánico —. Pare, por favor.

— ¿Qué corte quieres? — preguntó Poldo con voz rasposa al intentar imitar la voz femenina, mientras colocaba con poco éxito una tijera en una de las manos de su esposa. La tijera apuntaba hacia el suelo, esperando soltarse de la frágil mano de Bea. Poldo se aseguró de que no ocurriera e insistió con la pregunta que por el momento no tenía respuesta.

La rubia ya no pensaba por el terror del momento. No solo no era capaz de asimilar lo que ocurría, sino que, además, se sentía lejos de la realidad, como si estuviera en uno de esos sueños que se sienten reales. Poldo seguía hablando con ese tono de voz rara mientras usaba a su esposa muerta como un títere.

— ¿Vas a cortarte el pelo? — insistió Poldo —. ¿No? ¿Te arrepentiste? Pues es demasiado tarde, ya tengo la tijera en mis manos... alguien va a tener que cortarse el pelo.

— Basta, por favor... basta, esto no tiene que estar pasando.

— ¿Por qué tiembles así, cariño? — dijo el espectro de Bea, con los ojos abiertos y mirada hacia la nada —. No tengas miedo, no hay razón para tenerlo. Estamos bien, no seas una niña llorona.

— Por favor, quiero irme — dijo la rubia, llorando —. Quiero irme. Voy a irme...

— ¿Irte? ¿Adónde quieres irte?

La rubia, tumbada en el suelo, con los ojos cerrados y las manos hacia arriba, con gesto de protección personal, estaba ya dominada por una crisis nerviosa.

— Tengo que irme.

— ¿Pero no querías un nuevo peinado?

— No. Por favor quiero irme.

— No puedes irte sin un corte de pelos — dijo esta vez con su voz natural y expresión perpleja —. Si no, ¿A que viniste? Sería poco profesional de mi parte dejarte ir sin lo que querías.

Ya sin pensarlo y dejando de lado todo indicio de amabilidad, empatía y todo aquello que la mantenía inmóvil en el lugar, la rubia fue hasta la puerta y accionó la perilla una y otra vez hasta que cayó en la cuenta de que estaba con llave. Ahora, con un nudo en la garganta, el terror desfloró hacia el exterior de su ser y empezó a girar la perilla de la puerta con fuerzas, a golpear con su mano libre con la intención de romper la madera en la que estaba construida, pero de nada sirvió. Ni un oso pardo adulto era capaz de abrir esa puerta. Entonces comenzó a gritar, como cuan animal desesperado al borde de la muerte. Un grito del alma a la oscuridad que se avecina. Quizás alguien podría escucharla y ayudarla. Un transeúnte que justo iba pasando frente a la peluquería pudo escuchar los aullidos desesperados de la mujer, no obstante, se trataba de un niño cuya inocencia no era capaz de percatarse de la realidad de los hechos que llegaban a sus oídos. Según su aprendizaje, un niño no debía meterse en asuntos que le son ajenos, más cuando lo ajeno implica a adultos. El niño siguió caminando como si nada, pensando solo en la fresca gaseosa que le mandaron a comprar para la cena.

Poldo debía reaccionar cuanto antes, no quería correr el riesgo de tener a otro visitante inesperado a altas horas de la noche. Se abalanzó a la rubia con todo su cuerpo y logró derribarla. Era una mujer delicada, una verdadera dama. Recibió arañazos en el rostro, en el brazo, en el cuello y en las manos. La rubia hizo lo que pudo para defenderse de las fuertes manos de Poldo que aprontaban su cuello sin piedad. Poco a poco fue perdiendo fuerzas hasta quedar inmovilizada, hasta que dejó de respirar, de vivir, de existir. Poldo seguía sujetando con fuerzas, apretando el cuello con toda la intención de quitar la cabeza del lugar.

— Muere maldita, ahora me perteneces — dijo con voz enfermiza, casi gutural —. Ahora nos perteneces. — corrigió.

Sumido en un estado de excitación peculiar, comenzó a golpear el rostro de la bella rubia una y otra vez, gimiendo como un animal, hasta ver solo carne y sangre, deformarla por completo. Estando encima de ella, comenzó a tomar aire para retomar la compostura, apaciguar las pulsaciones del corazón y calmar las emociones. Al lado de la rubia, tirada en el suelo, estaba su difunta esposa, fría y pálida como la Antártida. Emocionado y conmocionado, se puso de pie, limpió sus manos bañadas en sangre y levantó a Bea del suelo. Se sintió perplejo por la verdad no su fue capaz de ver. Su amada esposa estaba muerta como la esperanza de vida en ciudades maldecidas por conflictos bélicos. La llevó en brazos a la cama, recordándole el momento después del casamiento, cuando la cargo con el vestido blanco puesto, que luego le quitó para poder consumir el acto de amor máximo.

Con total cuidado, la acostó y tapó con unas frazadas repletas de polvo. No pudo evitar toser. Se sentó a un lado de la cama y esta vez no acarició ninguna mano, ningún rostro. Se vio frente a frente con la desolación y la tan temida soledad. Se encontró con la verdad que desde hace un tiempo ignoraba. << ¿Acaso naceremos de nuevo para volver a intentarlo?>>.

Recordaba su juventud, sus viejos amores, amigos que ya no lo son por diversas razones, familiares que se perdieron con el paso del tiempo, sueños olvidados, anhelos y deseos frustrados, y tantos otros recuerdos que dan toda una vida. Pero, sobre todo, y lo que le dolía en el alma, era recordar a aquel hombre que había imaginado ser cuando era joven. Quedó lejos de las expectativas, a años luz de la sombra de aquel hombre adulto recto y correcto. Se perdió en el camino y sabe con certeza que es responsable de todo. Las decisiones que tomó, las cosas que no hizo por miedo o por vagancia, el tiempo desperdiciado en personas poco placenteras, en amigos vacíos, en vicios que roban energía y paz mental, el miedo al fracaso y la serenidad de una vida sin emociones reales, la falta de coraje para vivir lo que deseaba vivir y todo aquello de lo que se arrepiente, lo transformaron en un hombre con pocas historias, sin herederos, pobre en todo sentido y con la moral derrotada. La persona que venció fue aquella que se vio cegada por la peor de las soberbias, la intelectual. Todos sus conocidos triunfaban, lograban sus metas mientras él solo era un espectador. No tuvo otra opción más que convencerse de que era el más inteligente de todos, el más sabio, el erudito máximo, actitud que le valió la separación con la sociedad, con su ser mismo. Dejó de aprender, de escuchar, y, en otras palabras, perdió humanidad. De volver el tiempo atrás, le diría a su yo joven que cambie de actitud, que aprenda, escuche, perdone, sea paciente y que deje de caer en discusiones innecesarias para demostrar la debilidad de su ego y la falta de confianza en sí mismo. Le diría a su yo joven que aprenda a cerrar la boca, a aprender a estar solo y rodearse de personas con riqueza vital, olvidar el miedo, animarse a vivir lo propio e ignorar lo ajeno. Lo único que debía hacer era existir en silencio, bajo sus propias ideas, condiciones y sueños. Pero ya era tarde, no se tiene dos oportunidades en la vida. Una vez que se desperdicia, solo queda desperdiciar lo que falta y morir con la dignidad rota.

La degradación de los sentimientos es irreparable y la necesidad de afecto es irremediable. Un poco de juego de palabras para lo que es el idilio del caos. Estaba solo, consigo mismo, y le desagradaba la compañía. Se sentía incómodo con su propia sombra. Era lo que era, y, lejos de aceptarlo, tuvo que aprender a convivir consigo mismo. A ignorar lo detestable. Era un hombre débil con un carácter aún más débil. Vino al mundo a hacer daño, siendo su destino el peor de los destinos. Será despreciado en lo que le resta de vida, y olvidado después de la muerte. El personaje de un mal cuento.

Es probable que todos en algún momento piensen en sus últimas palabras antes de dejar la existencia, de dar el último suspiro. ¿Qué diría cada quién? ¿A quién le dirigirían las palabras? ¿Por qué? Cada quien sabrá sus razones, o al menos tendrán una idea de ello. Muchos, la mayoría, solo mueren y ya, en silencio, sin palabras o gestos. No tienen la oportunidad o tal vez la vida terrenal ha dejado de merecer cualquier tipo de esfuerzo. Son historias sin contar las que se esfuman junto a esos desconocidos espíritus. Una pena.

Poldo se preguntó si su esposa espetó sus últimas palabras o se las llevó al olvido. Le hubiese gustado estar en ese momento. Ni siquiera está seguro de cuando murió. Quizás, se dijo, estuvo hablando con un cadáver durante días, meses o años. El miedo a la soledad lo llevó a tratar con la muerte muy de cerca. Bea estaba en la cama, la rubia estaba tirada en el cuarto de la peluquería. Ya era tarde para hacer el bien, para cambiar las cosas. El que deja de respirar, lo único que puede hacer es prepararse para ser devorado por los gusanos. Era momento de dejar de pensar, de recordar, de reprochar, de abandonar toda nostalgia y deseo, debía volver a la realidad y actuar según lo que esta le presentaba.

Estaba con la rubia y revisó sus documentos. Se llamaba Renata. No tenía cara de Renata, según él. Escudriñó entre las cosas de Renata y vio algo que casi lo hace llorar. Quiso ignorarlo, pero ya no había caso, la curiosidad junto con la certeza no se puede esquivar. Entre tantas chucherías que una mujer puede tener en un bolso, vio una bolsa plástica, blanca, y supo que era de la clínica privada del pueblo. Lo que contenía adentro era reconocible en cualquier parte del mundo. Se trataba de una resonancia magnética reciente. Si, fue un asesinato doble. Renata estaba embarazada. Llevaba solo tres meses. Poldo ya no sabía que pensar ni mucho menos que hacer. Estaba bloqueado, con la mente en blanco. Apartado de la realidad, del presente mismo.

La llevó a la habitación secreta, el lugar favorito de sus víctimas anteriores. Estaba limpio, pero el hedor a muerte estaba impregnado. Ya estaba acostumbrado al aroma, y de alguna forma tétrica le tomó gusto. Postrada sobre la camilla, poco a poco le fue quitando la ropa con ayuda de un cuchillo largo y filoso. Fue descuidado y cortó varias partes del cuerpo de Renata. La sangre apenas si fluía. Al ver la desnudez de la joven Renata, Poldo comenzó a acariciar el cuerpo con suavidad. Estaba tibia, casi viva. La depravación se apoderó de todas sus facultades humanas. Se dejó llevar en una sensación de libertad espiritual plena. La lascivia es la esencia de la humanidad. No pudo evitar darle un beso en los labios. Susurrando, dijo que era una mujer hermosa. Fue claro con el “era”. Estaba consciente que hablaba con un cadáver y que eso le excitaba aún más, se sentía poderoso, creía estar jugando al juego de dios.

— Eres hermosa y suave — dijo en voz alta.

— Gracias, tú eres un buen hombre — dijo con voz aguda, imitando a la de una mujer.

— Claro que lo soy.

Se colocó encima de ella.

— Hazme tuya, por favor. Soy tuya.

— Si es lo que quieres, es lo que haré.

— Hazme otro hijo, por favor, el anterior está muerto.

— Bueno, preciosa, me esforzaré.

A primera hora del día siguiente se escucharon golpes en la puerta de la peluquería. Le pareció extraño, nunca le había ocurrido. Por lo general la gente llegaba cuando abría el lugar. Sin dudas era alguien con urgencias. De todas formas, lo ignoró, y no porque no era hora de abrir, sino porque estaba descuartizando el cuerpo de Renata para hacer desaparecer cualquier prueba. Al principio estuvo frente a un dilema en si quitarle la hermosa cabellera o no, pero al final lo hizo. Quiso darle una razón a su salvajada, a su depravación. Lo hacía sentir menos malo, menos monstruo. Cada quien encuentra paz donde puede.

Los golpes en la puerta no cesaban, se intensificaban a cada segundo. No pudo soportar el misterio detrás de esos incesantes golpes y dejó de hacer su labor. Se

quitó el traje manchado de sangre y fue hasta la muerta lo más apresurado que pudo. Le irritaba el golpeteo, casi tanto como el estallido resonante de una gota de agua a la hora de dormir. Fue imprudente, la falta de sueño hizo que se olvidara de un importante detalle.

— Si, ¿en qué puedo ayudarle? — preguntó al abrir sutilmente la puerta.

Del otro lado se encontraba una mujer anciana, la madre de Renata, quien llevaba encima una expresión de extrema preocupación.

— Disculpe la hora, señor Leopoldo, pero busco a mi hija — dijo agitada. Estaba con la mala sensación de que a su hija le ocurrió algo horrible.

— ¿Quién es su hija?

— Se llama Renata. Es joven y rubia. ¿No la habrá visto usted?

— No, lo siento. ¿Por qué?

La voz de Poldo se tornó misteriosa y bastante perversa.

— No ha vuelto a casa y estoy preocupada — dijo con rapidez —. Anoche ha salido de casa y dijo que vendría a su peluquería... no ha vuelto y estoy preocupada.

La señora hablaba y hablaba, en ningún momento vio al espectro detrás de la pequeña abertura de la puerta. Cuando lo hizo, cuando vio a Poldo a la cara, quedó petrificada. La expresión en su cara era de asombro y terror. No quería creer lo que veía y a la vez no entendía lo que debía creer.

— Lo siento, no he visto a nadie — dijo Poldo al notar la brusca y pasmada reacción de la anciana —. No se preocupe, es una joven linda y de seguro ahora duerme en la cama de algún joven afortunado. — remató con frialdad antes de cerrar la puerta.

La preocupación de la anciana trastornó a una difícil certeza. Lo que vio era difícil de confundir, de ignorar y muy difícil de creer. Fue lo más rápido que pudo a su hogar para pensar con claridad y ver que podía hacer. Había mucho que asimilar. Si de algo estaba segura, era que la peluca que llevaba Poldo en la cabeza no era falsa y se parecía mucho a la cabellera de su amada hija. Le perturbaba más el hecho de ver manchas de sangre en el rostro de Poldo, sobre todo en la frente. La intuición maternal es poderosa, algo malo le había ocurrido a su niña.

Por su lado, Poldo estaba confundido por la reacción de su vecina. No era vecina en sí, es costumbre llamar vecino a cualquier persona que viva en el mismo barrio. Cuando estaba sentado en el sillón de siempre, relajando los músculos, calmando los nervios y con ansias de unos mates amargos, se miró al espejo y vio lo que tanto perturbó a su vecina. Pudo entender todo, fue el peor de los despistes. No recordaba haber colocado sobre su cabeza el cuero cabelludo recién extraído de Renata. No lo había limpiado, la sangre caía desde su frente con la idea natural de cubrirle todo el rostro. Estúpido mal hombre, dijo repudiando su existencia. Era parte de la degradación humana, la decepción de cualquier padre. Por suerte sus padres habían muerto hace tiempo. Tuvieron la suerte de no ver el cielo teñido de rojo y negro. De pronto la idea de que su vida ya no tenía sentido alguno lo abrazó con fuerzas y sin la intención de soltarlo. No le daba curiosidad lo que podía ocurrir. Ya no esperaba nada de la vida, y dio por hecho que no era capaz de ofrecer nada más a la vida. Un hombre vacío, sin sentido alguno. Sin sentido en la alegría

y mucho menos en el sufrimiento. Indiferente y vacío, como un objeto insípido. Un hombre sin culpa. Un hombre triste, solitario y deprimido. Jamás estuvo cerca de ser el hombre que alguna vez idealizó. No había vuelta atrás, lo vivido ya era un desperdicio. Su única amiga y compañera, quizás hasta su única conexión con la vida, había dejado de existir. Un cuerpo que ya no late es como el ser que pierde el valor de amar, lo único que le espera es la podredumbre. Era hora de dejarse pudrir. De ser amado por la tierra y sus organismos. De abandonar la idea de ser un hombre sin sentido.

Esperaba tranquilo el momento en que algún policía o vecino tocara la puerta, rompiera los vidrios o un grupo de gente indignada quemaran su hogar. La última idea no le parecía del todo horrenda. En otros tiempos, quizás más humanos y cultos, a los muertos se los quemaba en una hoguera gigante. Era más de lo que merecía, y era consciente de ello, pero lo deseaba. No tuvo dignidad en toda su vida, quería al menos sentirla antes de partir.

Entre la pasividad de su personalidad y la poca eventualidad de su existencia, salió de su comodidad y decidió realizar su último acto. Debía aceptar lo que era, en lo que se había convertido. Se preguntaba si su madre lo miraba desde alguna parte, en algún cielo o en cualquier infierno. Decidió dejar de ser creyente por un momento para quitarse la pesadez de la decepción de encima. Fue hasta la habitación matrimonial con su esposa, quien estaba sobre la cama con la misma pose de siempre, de moribunda. Muerta, fría y dura. No sabía qué hacer con ella, si llamar a la ambulancia para que la lleven a la morgue y estos la abran de un tajo sin piedad y permiso, o hacerle el favor de irse en grande, como en los tiempos de antaño.

Se acostó al lado de ella, como en un dulce y sano matrimonio, y le dio un fuerte abrazo. De pronto todo su dolor floreció, salió a flote y comenzó a llorar con todas sus fuerzas, agonizando de principio a fin. El sufrimiento es un tema que invita a reflexionar en si es necesario para crecer como persona o destruirse sin piedad hasta perder todo indicio de decencia. Al final, y como conclusión, la persona decide qué hacer con su sufrimiento. Las personas, a diferencia de las máquinas, son impredecibles, y eso encanta a quien observa e intenta contestarle a la vida infinidad de respuestas.

Las historias se suponen atractivas siempre que el morbo se encuentra presente. Poldo no quiso hacer la excepción. Sentía morbosidad por su existencia y en lo que se atrevió a hacer. Las fechorías son consecuencias del pasado que se hace presente, de vivencias, creencias y/o decisiones sobre la verdad de su humanidad. Un hombre pasivo que de pronto se cree un dios vengativo. Un hombre cobarde que se transforma en depredador. Un humano impredecible. Hizo lo que hizo y le gustó. Lo siguió haciendo por lo mismo. El placer es el botón de encendido que hace brillar al caos.

Poldo, decidido a vivir sus últimas horas y minutos, quiso encantar a la vida con un último acto de amor. Estaba junto a la única mujer que pudo amar en toda su vida, en la cama que por tantos años compartieron, donde cada mañana, al despertar, era dichoso de ver y disfrutar los ojos más hermosos y tiernos del mundo entero. Una trágica alegría incomodó su sonrisa, pues ya no iba a verla sufrir nunca más. “Hasta la muerte y hasta siempre”.

Arder. Solo quería arder. Por amor, por tristezas, por lo que sea. Arder era el final. Arder y dejarse consumir hasta desaparecer. Nadie merecía ver en lo que se había convertido su hogar, en un mal cementerio. No quería ser mal recordado. Una cosa son las historias con palabras y otras con imágenes. Era el peluquero del

barrio y deseaba ser recordado como tal. Las personas, sus vecinos y amigos no merecían ver lo que su monstruosidad hizo a voluntad. Todo debía arder y desaparecer.

Sin perder el tiempo, y antes de acobardarse, empapó con todo líquido inflamable que encontró cada rincón de la casa. Todo debía arder. El amor, la piedad, la soledad y cada tristeza presente. Arder no era el fin, era el principio de la resiliencia.

Fue hasta la habitación donde estaba su esposa, quien estaba desnuda sobre la cama, y sin perder el tiempo, como si estuvieran en una luna de miel, se lanzó sobre ella e inició el último acto de amor. La amaba, decía, y agradecía cada tiempo juntos. Todo debía arder y así sucedió. Cada vida bendecida por los recuerdos se deshace en pedazos ante la muerte. Nadie a quien recordar, nadie a quien llorar. La vida arde y la muerte reclama sus cenizas.